



Juan Domingo Perón, en su finca madrileña de Puerta de Hierro.

de probar que no da resultado. En realidad, la revolución que está experimentando la Argentina es la revolución peronista, inconclusa en 1955, cuando el dictador fue derribado: es una revolución proletaria, una reforma de viejas estructuras de capitalismo de estado feudal. Sin embargo, hay muchos y muy válidos presentimientos de dos posibilidades trágicas: una, la de que el regreso de Perón —o el tema del regreso de Perón— provoque una guerra civil larga y abierta, más sangrienta aún que esta guerra civil larvada, con muertos diarios, que hay ahora; otra, que tras el triunfo de esa revolución, si se produjera, habría muy graves disensiones entre los actuales integrantes del frente cívico nacional.

AMARILLO Y NEGRO, EL RACISMO DE UGANDA

Más de una vez hemos comentado que el verdadero fondo del racismo es el enmascaramiento de una expoliación económica: el grupo perseguido, discriminado, puede ser fácilmente explotable como mano de obra barata, de tipo esclavista, y se le impide acceso a capas superiores de la sociedad, o bien es un grupo que ha alcanzado un bienestar superior al de sus vecinos inmediatos, y se le expulsa o asesina para quitarles sus riquezas. Este último ha sido el caso de los judíos europeos en los últimos siglos y es el de los asiáticos de Uganda. Los comerciantes indios forman un grupo social con un bienestar considerable por relación a los africanos. Al expulsarles, sus posesiones —comercios, almacenes, inmuebles, tierras— han de ser vendidos a un precio inferior al real, y aún se les limita la salida de dinero del país, y cuando quieren adquirir moneda extranjera se les vende a un precio abusivo. Esta diáspora de Uganda está suficientemente explicada.

La acción de una clase pauperizada contra otra pudiente, aun sin olvidar que durante siglos la minoría india ha explotado al nativo y ha formado parte del engranaje de la colonización, con sus pasaportes británicos de doble filo —protección para usarlos en los países colonizados, pero prohibición para entrar en el territorio nacional—, reviste los más repulsivos caracteres externos del racismo. Más inquietante en una nación africana negra, que ha sido víctima de ese mismo racismo durante siglos. Para cubrir esta acusación, el Presidente Amin ha revocado su decisión de expulsar no solamente a los asiáticos con pasaporte extranjero, sino también a los que tienen la nacionalidad ugandesa. Estos van a permanecer, pero bajo unas condiciones de amenaza, de inseguridad y de presiones que quizá en el futuro les haga lamentar no haberse marchado del país, aun perdiendo todas sus posesiones.

La acusación de racismo se mantiene, sin embargo: otros ciudadanos con pasaporte extranjero, pero no asiáticos —europeos, principalmente—, no han sido molestados. Claramente, no se trata de un movimiento de xenofobia, sino de persecución a un grupo determinado.

De aquí a noviembre deben salir sesenta mil personas. ¿Dónde? Nadie quiere acogerles. Después de sufrir el racismo porque son ricos, van a sufrir el racismo por-

que se han vuelto pobres. Canadá está dispuesto a acoger algún cupo; no así Australia, que mantiene una política racista no muy distinta de la de Rodesia y África del Sur, aunque con otras dosificaciones: Australia importa trabajadores blancos, importa mujeres —las famosas «novias australianas»— de países blancos, al mismo tiempo que prohíbe la entrada de gentes de color —especialmente de los amarillos, sus relativos vecinos— para mantener el país «blanqueado». En septiembre, Gran Bretaña acogerá de doce a quince mil asiáticos de Uganda, con la intención de re-exportarles en cuanto pueda. Pero se teme que en la fecha del 7 de noviembre, prevista por el general Amin para la expulsión total, aún queden cuarenta mil asiáticos en Uganda sin ningún país donde ir. Gran Bretaña trata ahora de conseguir una prórroga de ese plazo, ya que no ha podido conseguir otra cosa. Pero no es un problema de tiempo. Es una cuestión de comprensión humana del problema. Y falla.

Entre tanto, las autoridades de Uganda, por disposición de Amin, están haciendo un inventario detallado de las posesiones de estos asiáticos, con el fin de evitar que haya algún disfraz en sus ventas o cesiones. Estas propiedades, excepto lo puramente personal —ropas, efectos de uso común—, ya no pueden ser vendidas o transferidas, sino que sólo el gobierno puede disponer de ellas, como el gobierno dictará en el último momento las medidas que considere oportunas acerca de la cantidad de dinero que cada expulsado pueda llevar. Por otra parte, ha decidido que ciertos técnicos de los que el país necesita —médicos, mecánicos, ingenieros— podrán quedarse en el país. A éstos se les concederá la ciudadanía ugandesa.

El desarrollo interno del África negra en los doce o quince años de su independencia está lejos de responder a las esperanzas puestas en él. Golpes de Estado incesantes, regímenes duros, matanzas tribales, guerras, leyes penales excesivamente duras dan una imagen del continente bastante inquietante. Es el resultado de tantos años de colonización durísima, de una descolonización que dejó problemas con espoleta retardada, de un neocolonialismo que comenzó su acción por eliminar a los hombres más válidos del continente y sustituirles por cuasireyezuelos a su servicio. ■ J. A.